

## "La esperanza os mantiene alegres" (Rm 12,12)

Queridos jóvenes, que habéis venido de diferentes partes de la diócesis para celebrar *con alegría la Jornada Diocesana de la Juventud*, también vosotros, los sacerdotes de la Delegación Diocesana, os acompañáis en vuestro camino de fe, a todos vosotros, un cordial saludo de PAZ Y BIEN.

Como bien sabéis, desde el último día de Navidad de 2024, estamos celebrando en la Iglesia un Año Jubilar convocado por el Papa Francisco. El Año Jubilar es un acontecimiento significativo que, desde el año 1300, se celebra cada veinticinco años y es para la Iglesia Católica un tiempo de reflexión, de renovación y de comunión. Fue el Papa Francisco quien quiso que este Año Santo tuviera como lema "**Peregrinos de Esperanza**", con el objetivo principal de recordarnos que, en el camino de la vida, somos viajeros, con la mirada fija en el Cielo que Cristo nos ofrece.

*Al convocar el Jubileo, el Papa Francisco, fiel a su enfoque pastoral, presentó este Año como una oportunidad para reflexionar sobre los desafíos contemporáneos que nos aquejan, como la guerra, la crisis climática, las injusticias y las divisiones sociales, invitándonos a encontrar en Cristo un camino de esperanza, insistiendo – para animarnos – a hacer de este Jubileo un momento propicio para superar el individualismo y el desencanto que caracterizan a nuestro* Estamos abiertos al encuentro con los demás, especialmente con los pobres, los marginados y los más necesitados de consuelo y apoyo.

***Peregrinos en busca de esperanza***

El lema "**Peregrinos de esperanza**" nos llama a vivir nuestra fe como un camino, recordándonos que la vida cristiana es una peregrinación continua hacia Dios.

Es importante dejar claro desde el principio que cuando hablamos de esperanza, no la identificamos con el optimismo. *Mientras que el optimismo dice ciegamente que "todo estará bien", la esperanza cree que, incluso en situaciones aparentemente desesperadas, la vida puede sorprendernos con algo brillante que no habíamos imaginado.* Ni el optimismo ni el pesimismo son actitudes deseables, porque ninguno de los dos es realista. Si dependemos de nuestro estado de ánimo para ser optimistas o pesimistas, nos encerramos en los estrechos confines de nuestro momento psicológico y no estamos interesados en la realidad. La actitud que realmente nos permite enfrentarnos a la realidad es lo que llamamos en el lenguaje religioso esperanza, **que está muy alejada tanto del pesimismo como del optimismo.**

En su sentido religioso más profundo, la esperanza es capaz de florecer incluso en medio de la desesperación. La esperanza, entonces, no es simplemente optimismo o deseo de un futuro mejor, sino una virtud teologal que se basa en la certeza de que Dios es fiel a sus promesas.

Esta es la esperanza que el Papa Francisco quiere mantener viva en nosotros en su convocatoria del Año Jubilar.

La esperanza es una dimensión fundamental de la persona humana y una característica esencial de su existencia, percibimos a nuestro alrededor muchas formas de esperanza; En realidad, cuando alguien carece de esperanza, camina como un muerto viviente. La esperanza de los cristianos es una

esperanza que Dios nos ha dado, estrechamente ligada y en proporción directa al amor y a la fe que tenemos en Él.

Al ser un don que proviene de Dios y se refiere a Dios, entendemos por qué, en la tradición católica, se define como una virtud teologal. La esperanza cristiana no nace del hombre, ni de sus cualidades, ni de sus expectativas. La esperanza cristiana es una invitación que nos hace Dios, Jesucristo y la Iglesia, a creer y esperar en la salvación eterna. Es, por tanto, una virtud escatológica, que nos sitúa ante el destino último del hombre después de la muerte; De este modo, la esperanza influye decisivamente en el comportamiento y en la visión del mundo. San Pablo afirma que *"nos hemos salvado en la esperanza. Y una esperanza que se ve ya no es una esperanza; De hecho, ¿cómo puede uno esperar algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, esperamos con perseverancia"* (Rm 8, 24-25).

Los seres humanos siempre estamos esperando algo. Por ejemplo, ustedes, los jóvenes, esperan encontrar un buen trabajo, tener éxito en la universidad, encontrar a su familia, lograr la plena realización de la vida. En esta perspectiva, podemos decir, con Benedicto XVI, que *"el hombre está vivo mientras espera, mientras la esperanza está viva en su corazón"* (Ángelus, 28 de noviembre de 2010).

Las diversas esperanzas humanas que inspiran nuestras actividades cotidianas corresponden a la aspiración de felicidad que Dios ha puesto en el corazón de los hombres (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1818). Por eso, la esperanza cristiana purifica y dirige todas nuestras acciones hacia Dios, fuente perfecta y plena de amor y felicidad que colma todos nuestros deseos.

Benedicto XVI, en la carta encíclica *Spe salvi*, propone tres "lugares" para aprender y ejercitar la esperanza cristiana. En este sentido, podemos hablar de un "gimnasio" para fortalecernos en la virtud de la esperanza cristiana, porque el materialismo y el consumismo, que asfixian nuestra sociedad, pueden eclipsar y debilitar la experiencia de esta virtud.

1. **El primer "lugar" es la oración.** En el diálogo íntimo y personal con Dios, experimentamos la realidad y la cercanía de un Padre que nos escucha y nos habla. El contacto frecuente con el Señor en la oración reaviva y renueva nuestra esperanza, porque nos acercamos a nosotros con la convicción de que Dios escucha siempre nuestras súplicas y que entonces está dispuesto a ayudarnos. Como recuerda el Papa Benedicto XVI: *"Cuando no puedo hablar con nadie... Siempre puedo hablar con Dios. Si no hay nadie que pueda ayudarme (...) Él puede y quiere ayudarme.*
2. **El segundo "lugar" es la recepción cristiana del sufrimiento.** El dolor y el sufrimiento, tanto físico como moral, son realidades innatas de nuestra existencia humana. Cuando se aceptan las tribulaciones, no con vana resignación, sino con fe y esperanza, encontramos un camino de maduración y purificación. Desde este punto de vista, el sufrimiento adquiere un sentido auténtico sólo a la luz del misterio pascual de Cristo, donde también el sufrimiento puede ser afrontado con realismo y sin desesperación.
3. Finalmente, **en el tercer "lugar", debemos tener presente la realidad última del *Juicio Final*.** En este sentido, la

realidad del juicio nos ayuda a ordenar nuestra vida presente en el futuro, mirando hacia la eternidad. Además, frente a tantos acontecimientos trágicos que han marcado la historia de la humanidad, esperamos en la justicia divina, sabiendo que Dios responderá adecuadamente al "sufrimiento del mundo" y al "cinismo de los poderosos". Algunos autores de violencia e injusticia en este mundo pueden escapar del juicio humano, pero no podrán escapar del juicio de Dios (cf. Mt 25, 31-46).

Toda la vida cristiana, en efecto, gira en torno a una gran esperanza, **la esperanza de la vida eterna**, pero hay que reconocer que hoy en día no se oye hablar de ella a menudo ni en nuestras conversaciones ni en nuestras predicaciones.

Y, sin embargo, debemos afirmarlo con fuerza: esperamos la vida eterna y la esperamos, porque Dios no solo nos la ha prometido, sino que ya nos la ha concedido, resucitando a Jesús de entre los muertos. La resurrección de Jesús, su vida radicalmente nueva, es el comienzo y la garantía de nuestra resurrección personal.

Y, a pesar de ello, la fe en la resurrección es complicada para nosotros. No son pocos los cristianos que no se atreven a afirmar esto con total certeza. Lo mantienen como una posibilidad, más que como una garantía; Pero cuando esto sucede, la vida cristiana -y con ella la esperanza- se debilita y hiere en su raíz. Muchos cristianos pueden apoyar esta afirmación de nuestra fe, pero no con la suficiente convicción y determinación para ejercer una influencia definitiva en su vida cotidiana, de modo que la esperanza de la vida eterna no es el criterio determinante de nuestros deseos y preferencias en la vida.

En el contexto de esta Jornada Diocesana de la Juventud, puede ser bueno que nos hagamos esta pregunta. **¿Realmente creemos en la vida eterna y en la resurrección de los muertos?, ¿esperamos la vida eterna con un verdadero deseo?, ¿es la resurrección de Jesucristo, la garantía de nuestra resurrección futura, la que guía y sostiene nuestra esperanza?** Todos decimos que "queremos ir al Cielo", pero *sin prisa*. Detrás de esta expresión, que decimos medio en broma y medio en serio, hay una falta de coherencia espiritual, porque toda la vida cristiana gira en torno a la cuestión de la inmortalidad y la resurrección, y es aquí donde se sostiene la esperanza de los cristianos.

Este es el patrón fundamental que está presente en todo el Nuevo Testamento: *hay un Dios Padre que, por pura misericordia, nos ama y quiere que compartamos su vida eterna y gloriosa*. Sostenidos por su amor y fidelidad, podemos mantener esta esperanza y ahora vivir las riquezas de la vida gloriosa que hemos prometido y que nos llega a través del Espíritu Santo de Dios. En esta vida terrena ya podemos gozar de los bienes de la vida futura: la paz, la alegría, el amor, el perdón, la generosidad.

Así lo explica san Pablo: *"Ha sido revelada la gracia de Dios, que trae la salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, debemos llevar ahora una vida sobria, justa y piadosa, esperando la felicidad que esperamos, y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo "* (Tito 2:11-13). *«Cuando se manifestó la bondad de Dios, nos liberó de nuestros pecados y nos salvó con el nuevo nacimiento del bautismo, con el don de su Espíritu, para que ahora seamos herederos de una vida gloriosa y eterna por la esperanza»* (cf. Tt 3, 4-7).

La vida terrenal pasa y este mundo no es definitivo; pero nosotros, los cristianos, esperamos los cielos nuevos y una tierra nueva, una vida inmortal y gloriosa que Dios nos ha prometido, en la que viviremos en comunión con la vida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo (cf. 2 P 3, 11-15.18).

Todo en nuestra vida debe basarse en esta fe y esperanza: Dios nos ama y nos ha dado a Jesucristo como nuestro Salvador universal; en Él y por Él nos perdona, derrama su Espíritu en nosotros, nos justifica y nos abre las puertas de su vida inmortal y gloriosa. Nuestros sentimientos, nuestros deseos y nuestros proyectos; Toda nuestra vida debe ser el desarrollo permanente de esta convicción central que es la fuente de nuestra vida personal y comunitaria: *"Somos ciudadanos del cielo, del que esperamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestros humildes cuerpos, según el ejemplo de su cuerpo glorioso, con el gozo que tiene al someter todas las cosas a él"* (Flp 3, 20-21).

El cristianismo no es un conjunto de leyes morales, ni un código para vivir con dignidad en este mundo. La fe cristiana nace en el encuentro con Jesucristo y en la confianza en su Palabra que nos habla de un Dios que nos promete la vida eterna y que, precisamente por eso, nos permite vivir en este mundo sin ambición ni codicia, consagrados a la alabanza y al trabajo por el bien de los demás. imitando su amor y esperando la consumación de nuestra vida en Gloria, con Jesús resucitado.

Los cristianos sabemos que somos **peregrinos de esperanza**; vivimos como extranjeros en nuestro propio país; Transformamos el mundo cuando dejamos de aspirar a él y alcanzamos la libertad de renunciar a lo que no es definitivo. Fe en Dios. El Padre de nuestro Señor Jesucristo es también fe en

la inmortalidad, una fe que nos permite vivir en este mundo sin adorarlo, sin codiciarlo, porque nuestro corazón está fijo en otros bienes, en otra esperanza, en otra vida: la vida eterna de Dios.

Esta es la maravillosa libertad que descubrimos en los santos y en todos los verdaderos creyentes: son libres interiormente porque no codician las cosas de este mundo, nada los detiene cuando se trata de servir a Dios o hacer el bien. La esperanza produce desapego, y el desapego es una fuente de libertad. Los cristianos somos un pueblo desconcertante: somos siervos de Dios, pero esta servidumbre nos convierte en los hombres y mujeres más libres de la tierra.

La esperanza cristiana facilita llevar una vida alegre y austera. Cada mañana comenzamos el día abriendo nuestros labios a la alabanza divina; lo hacemos feliz y agradecido porque en cada nuevo día vemos un don de Dios que nos permite hacer el bien y caminar un paso más hacia la vida gloriosa del Cielo. Porque los que están sostenidos por una esperanza viva y activa no necesitan muchas compensaciones terrenas para estar satisfechos y trabajar con entusiasmo. La alegría y la generosidad brotan de su interior porque se ve a sí mismo en el camino hacia la vida gloriosa de Dios. Si esta esperanza se extingue o se debilita, todo se vuelve cuesta arriba, exigente, aburrido e insoportable. La esperanza teológica ya nos da la alegría del cielo, la falta de esperanza nos hace sentir de antemano el cansancio de una vida condenada a la soledad y al vacío. Vivimos sostenidos por lo que no es visible, sabiendo que ***"lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno"*** (2 Co 4,17).

Hay laicos bautizados, pero también religiosos y religiosas y sacerdotes que perciben su ser cristianos y su misión

evangelizadora y pastoral como un compromiso para la transformación de este mundo. Entienden la fe como fermento transformador e incluso revolucionario de la sociedad. No gastan tiempo ni energía hablando de la vida eterna. La reacción violenta contra esta distorsión puede llevar a algunos al extremo opuesto, presentando un cristianismo que se está perdiendo en un espiritualismo idealista que tiene poca influencia en la vida cotidiana. Pero así es como vivimos y presentamos a un Dios que no transforma nuestra forma de estar en el mundo. Ninguna de estas dos posiciones es verdaderamente cristiana. Creer en Jesucristo es esperar la vida eterna, pero desear verdaderamente la vida eterna nos lleva a trabajar incansablemente por la transformación de este mundo que, habiendo salido de las manos de Dios, ha sido deteriorado por el hombre.

Sólo una relación personal y directa con Cristo, tejida de fe y amor, puede ser el punto de partida de una profunda transformación personal. pero tampoco reduciremos el mensaje del Evangelio a un contenido social. Tenemos que ayudarnos a nosotros mismos y tenemos que ayudar a aquellos con los que estamos en relación a encontrarse con Dios en lo más profundo de sus corazones, esto es lo que cambia la vida de las personas; Esto es lo que cambia los deseos, los proyectos, los comportamientos y puede transformar verdaderamente la convivencia y las estructuras sociales.

La fe cristiana implica necesariamente una cierta ruptura con este mundo. La fe nos arranca de este mundo y nos coloca ante Dios, en el mundo de la esperanza y de la vida eterna. Ahora, desde el mundo de la esperanza, el amor de Dios nos devuelve a este mundo, con nuestros hermanos y hermanas, **¡Pero de una manera diferente!** Ya no estamos dominados por estrechos

intereses personales o colectivos, sino que estamos en relación con los demás y nos acercamos a ellos guiados por un amor nuevo: el amor generoso de Dios y movidos por otros intereses: el interés de Cristo y la salvación eterna (cf. 2 Co 4-5).

En conclusión, como dice el Papa Benedicto XVI, "*el hombre necesita de Dios, de lo contrario no tiene esperanza*" (Spe salvi, 23). Solo Dios puede realizar plenamente todos nuestros deseos y esperanzas.

Una pregunta que cada uno de nosotros puede hacerse es: ¿Cuáles son mis esperanzas, hacia dónde tiende mi corazón? Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, "*la estatura moral y espiritual del hombre se mide por lo que espera*" (cf. Ángelus, 28 de noviembre de 2010).